

-5-

PRIMERA REUNION ANUAL DE LOS SANATORIOS
EN PUTAENDO

11(346-13)

Organización de la Enfermería Sanatorial

por

ELMA FRAKIA

Inspectora de Enfermería de la Dirección General de Beneficencia y Asistencia Social



IMP. Y LITO. LEBLANC
MONJITAS 511 — SANTIAGO

==== 1943 ====

11(346-13)

Organización de la Enfermería Sanatorial

por

ELMA FRAKIA

Inspectora de Enfermería de la Dirección General de Beneficencia y Asistencia Social

VISITACION
de DOCUMENTOS Y BIBLIOTECAS
AÑO 13 1943
DEPOSITO LEGAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

ORGANIZACION DE LA ENFERMERIA SANATORIAL

Ha sido para mí motivo de no disimulada complacencia haber aceptado la invitación del Señor Director del Sanatorio de Putaendo para concurrir a esta Primera Reunión Anual que congrega a los médicos de los sanatorios del país, pues ella me brinda la excepcional oportunidad de conocer, en un ambiente acogedor y de cálida camaradería, las inquietudes de sus fisiólogos en un problema —el de la enfermería— que aparentemente se presenta aquí circunscrita a un aspecto fragmentario de la función asistencial de la Beneficencia, pero que por la elevación y conocimiento con que ha sido tratado por el Equipo Médico del Hospital Sanatorio El Peral y por su importancia rebasa tan menguados límites para adquirir sus justas proporciones de un problema básico, fundamental en la estructura y organización de todos los servicios de Salubridad, ya sea su acento preferentemente sanitario o asistencial.

Hace algunos años atrás el doctor don Alejandro del Río —espíritu de selección de quien se pudo decir que toda su vida fué una armonía de bondad e inteligencia y cuyo ánimo vivía inflamado por obrar en aras de los sagrados intereses colectivos— expresó textualmente en un ciclo de conferencias universitarias que adquirieron excepcional resonancia:

“Me ha sido particularmente grato decir que el cuerpo médico nacional es un motivo de justo orgullo para el país. Siento infinitamente no poder hacer igual declaración para la profesión de enfermera. Sólo en los últimos años ha sido posible avanzar un tanto en el mejoramiento de esta enseñanza que aún hoy deja no poco que desear y se lleva a cabo en forma restringida”.



Tales palabras pronunciadas hace 12 años en la Universidad de Chile por quien supo mejor que nadie valorar el porvenir de la enfermería, dignificarla y ubicarla en su preciso plan de acción, continúan conservando un sentido de clara actualidad y en ellas se encuentra la raíz única de todos los defectos que la experiencia ha demostrado existir en la organización de los servicios.

Gracias a la gentileza de los doctores Juricic y García Valenzuela he conocido oportunamente la ponencia del Equipo Médico del Hospital Sanatorio El Peral sobre "Organización de la enfermería sanatorial". Desde luego anticipo que yo suscribo cada una de las observaciones allí contenidas, pues poseen un tan exacto sentido de la realidad, que aún al observador más desprevenido aparecen evidentes e indiscutibles.

He de referirme a ellas tan sólo para acentuar ciertos conceptos que son los del Departamento Médico de la Dirección General de Beneficencia, pero debo hacerlo de modo general, pues dentro de muy pocos meses más se realizará el Primer Congreso Panamericano de Enfermería en Chile y en tal ocasión entraré al detalle del problema cuyo aspecto fundamental, por no decir el único, es la formación profesional de la enfermera. Es por tanto, una cuestión docente.

¿Hemos logrado nosotros a través de tantos años de preocupaciones formar la profesional poseedora de una preparación técnica irreprochable, dotada de altísimas condiciones espirituales, con hondo sentido de la responsabilidad, con un concepto casi religioso de su misión, capaz de todos los vencimientos, de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios?

Decididamente no lo hemos logrado.

Son ésas las condiciones mínimas exigibles a quien va a dedicar todos sus esfuerzos al mantenimiento de la salud, al cuidado inteligente y tierno del enfermo.

Miss Ruth Clement en un interesante trabajo publicado en 1939 en *The American Journal of Nursing*, titulado "La cuádruple naturaleza de la enfermera" decía: "¿tratamos de hacer comprender a la enfermera joven cuáles son sus obligaciones consigo misma? Comencemos porque se debe a sí propia la formación de una vida simétrica, pues toda enfermera debe cultivar una naturaleza, cuádruple: física, mental, espiritual y social. Cada una de ellas exige consideración y atención si la enfermera no desea ver su desarrollo atrofiado y torcido y su visión limitada y mal aprovechada".

Y en ello está contenida una verdad de dimensiones insospechadas; la enfermera debe poseer una salud física capaz de resistir un trabajo intenso, una salud mental que se traduzca en "la capacidad para man-

tener ecuanimidad, una inteligencia despierta, una conducta socialmente benévola", tener un sentido espiritual de la vida capaz de comprender y respetar la gama infinita de matices con que está tejida el alma de los enfermos y por último debe cultivar la naturaleza social, pues nadie actúa en el medio ambiente en forma aislada y la enfermera debe adquirir comprensión y capacidad sociales que le brinden la oportunidad de ensanchar los límites de su acción. Pero hay algo más: el contacto de cada momento con el dolor ajeno impone también otras calidades capaces de infundir consuelo, de encender el ánimo y la voluntad en la llama de la confianza, de la serenidad y por último como muy bien lo dice Pauchet, la enfermera debe poseer intensamente en sí misma la alegría de la vida para poderla irradiar luminosamente en torno de todos los que han sido vencidos por el sufrimiento físico o espiritual.

El dominio y el cultivo de condiciones tales supone un doble proceso: primero de selección y orientación y después de formación espiritual y técnica. Y decir selección es decir vocación, es buscar esa inclinación innata que, a la que tiene alma de enfermera, la lleva de modo irresistible a darse por entero al servicio de los demás.

Sin vocación no es posible llegar a ser enfermera. Pero no sólo se requiere esta vocación, ella —como lo expresé precedentemente— debe ir aparejada con una salud compatible con la vida de sacrificios que mantenga siempre el cuerpo y la mente sanos, el espíritu pleno de optimismo y siempre dispuesto a servir con bondad inteligente.

Encontrar, desentrañar este venero de la vocación es la tarea primordial de quienes tienen la responsabilidad de la docencia. Sería fatal ceguera —y desgraciadamente palpamos sus consecuencias— orientar hacia la enfermería a quienes no poseen esa vocación innata, ni sienten toda la grandeza de la profesión, porque ellas serán quienes transformen algo que es noble y limpio, en vil y despreciable, porque en ellas no habrá otra preocupación que el monto de la retribución que se recibe. Falta entonces la belleza interior que es el punto de apoyo de toda la acción de la enfermera.

En verdad, el doctor García Valenzuela lo ha dicho muy bien. Cuando una alumna llega a obtener la licencia secundaria prefiere, si no posee una vocación clarísima, derivar hacia el estudio de las profesiones de mayor porvenir económico y social. Y sólo acuden a las escuelas de enfermeras aquellas que no logran alcanzar el coeficiente exigido por otros institutos universitarios: con ello, en general, sólo llega aquella que en último término se conforma "hasta con ser enfermera".

Cuántas jóvenes que no tienen los medios necesarios para finalizar sus estudios secundarios poseen inteligencia, corazón limpio y vo-

cación cierta para la enfermería, pero se encuentran imposibilitadas para acceder a la profesión no obstante que sus cualidades intelectuales y morales son factores de insuperable valimiento. Miss Elizabeth Tennant, enfermera de la Fundación Rockefeller, visitó no hace mucho la Escuela de Enfermeras de la Universidad y algunos establecimientos asistenciales por encargo expreso del Señor Rector de la Universidad del Estado y del Decano de la Facultad de Biología y Ciencias Médicas y en uno de los acápites de su informe dice así:

“De los hospitales que visité en Chile, el único donde los enfermos reciben un buen cuidado enfermeril es el Hospital de Niños de Valparaíso. A pesar de la vetustez del edificio, las salas, los baños, los escusados, las cocinas y las piezas destinadas a la leche estaban ordenadas y limpias y no había olores. No tuve una impresión igualmente favorable del Hospital Clínico el día que lo visité. El baño y el retrete de la sala 2 no estaban limpios ni inodoros”.

Deseo acentuar con énfasis esta declaración respecto del Hospital de Niños de Valparaíso cuya Escuela de Enfermeras dirigen Miss Kamma Twed y el doctor Thierry. Mucho se lleva discutido en nuestro país sobre los requisitos que deben exigirse para acceder al estudio universitario de la enfermería, pero insistir en ellos cuando la experiencia nos enseña que son otros los valores que entran en juego, parece no sólo inútil sino perjudicial. Son aquellas alumnas que habitualmente por falta de protección económica no han terminado sus estudios secundarios las que acoge de preferencia esta Escuela; es por que muchas veces está en ellas latente el alma de enfermera y basta sólo descubrirla que todo lo demás, como dice el Evangelio, se da por añadidura.

Es mi experiencia personal y la sé también de la inmensa mayoría de directores de hospitales, cuya opinión me es conocida, que las mejores enfermeras de que disponen nuestros servicios asistenciales, son las egresadas de esta Escuela que lucha por desprenderse de la obligación de exigir estudios secundarios completos.

¿Cuál es entonces el factor de superación que juega en este plantel?

Es simplemente la selección de la alumna desde el punto de vista vocacional, es el estudio minucioso de las cualidades físicas, mentales y morales para determinar si están en armonía con las exigencias de la enfermería; es la acción irremplazable de esos maestros para formar la enfermera conscientemente disciplinada, capaz de una obediencia libremente consentida, es la preocupación permanente en la diaria conviven-

cia para dotar a cada alumna de una gran habilidad práctica. Y algo más: a toda enfermera se le enseña y ella lo sabe, que todas las fatigas de una ruda jornada desaparecen cuando se ha recibido la palabra o la mirada agradecida de un enfermo aliviado o consolado. He ahí el secreto.

Y debo en este punto abrir un paréntesis. A pesar de estas consideraciones la Escuela atraviesa hoy por una etapa amarga, ácida: sus alumnas no pueden obtener el título universitario no obstante las resoluciones adoptadas por el Decano de la Facultad. Pienso que frente a este problema que hoy debatimos con toda elevación, sería útil solicitar, como resolución de la Asamblea, que el Consejo Universitario admitiera a examen a estas alumnas. Ello implica el reconocimiento de todos los aquí presentes a una labor acometida con entusiasmo, inteligencia y desinterés.

Seleccionada la alumna, debe proveerse a su formación intelectual y espiritual. La primera está regida por cánones que de continuo van renovándose porque las exigencias también se van adaptando a nuevas concepciones, a nuevas necesidades impuestas por el progreso incesante de la medicina, a nuevas normas en la estructura de la organización del ejercicio profesional que poco a poco abandona su individualismo cumpliendo etapas que como la presente, de mera funcionarización, es transitoria para llegar mañana, sin duda, a la socialización. Y en estas etapas que se cumplen inexorablemente la enfermera debe actuar con su preparación especializada, adaptada al momento en que se vive y con la mirada puesta en su propia superación para ser la fiel y eficaz cooperadora del médico en la etapa que ha de seguir.

La importancia cada vez mayor que adquiere la asistencia preventiva ha provocado el quebrantamiento de la antigua fórmula "la asistencia cura y la higiene previene" y sus límites antes tan precisos, hoy aparecen borrosos, casi imperceptibles. Ello crea nuevas exigencias.

El Prof. Alter ha dicho muy bien: "La tendencia nueva exige que el hospital no se limite a ser un centro para el cuidado de los enfermos sino que se considere como el centro de acción de todos los esfuerzos en favor de la promoción de la higiene". "Los médicos, las enfermeras y la administración del hospital deben reconocer que les incumben de una manera indiscutible todas las actividades en orden a la promoción de la higiene. Debe admitir que la función social del hospital se encuentra ligada a la realización de esta obra. El rápido desarrollo y la importancia de las actividades profilácticas, tanto generales como individuales, relegarán al hospital, si éste no comprende sus deberes en orden a la medicina preventiva, al poco apreciado y poco lucrativo papel de un taller de reparaciones. Tan grave error acarrearía no sólo el desprestigio del hospital sino que comprometería seriamente la función social de la me-

dicina preventiva, ya que ésta no encontraría para su implantación y extensión un centro tan favorable como el hospital”.

Estas exigencias tienen que ser satisfechas por la enseñanza de la enfermera.

Y en el manejo de aquellos cánones sería inútil desconocer o desviar la experiencia realizada en países de mayor comprensión, de mayor cultura que el nuestro. El doctor René García lo ha dicho con gran exactitud: “los propios planes de estudio van quedando algo añejos cuando se les compara con aquellos que sirven a las modernas escuelas de enfermería”. Miss Tennant —técnica indiscutible, pedagoga de alto renombre— ha informado: “Los programas de la Escuela de Enfermeras no son modernos. Las buenas escuelas de enfermería de todo el mundo están hoy subrayando los aspectos preventivo y social de la medicina y de la enfermería junto con los aspectos curativos, desde el día mismo en que la alumna comienza sus estudios. Aquí no hay período pre-clínico destinado a enseñar las ciencias básicas y a dar las instrucciones de laboratorio. No se me mostró un laboratorio o una biblioteca donde las estudiantes puedan estudiar o leer. Las materias teóricas no son enseñadas en orden continuado. Tengo la impresión de que los médicos dan cursos superficiales de la medicina. No hay correlación entre la teoría y la práctica, lo que constituye una importante debilidad del curso”.

“La práctica enfermeril —agrega— está insuficientemente supervigilada. No tienen instructoras ni enfermeras tituladas que trabajen con ellas durante todo el tiempo en las salas y puesto que no se dá instrucción en técnica enfermeril en la sala de clase, nadie puede esperar que las estudiantas adquieran destreza en el cuidado del paciente. Tengo la impresión de que el tiempo no está distribuído con ventaja, sino que por el contrario hay derroche de tiempo preciosos”. “El curso de enfermería sanitaria no tiene programa moderno ni está bien organizado”.

Y formula miss Tennant una observación que en mi concepto es de importancia fundamental. Dice ella: “La Directora de la Escuela no es una enfermera. La enfermería no se desarrollará nunca satisfactoriamente hasta que la autoridad y la responsabilidad de la educación y de la enfermería misma no estén en manos de enfermeras altamente calificadas”. Y agrego yo que en todas nuestras escuelas ocurre exactamente la misma circunstancia.

Pero si la formación técnica es posible en las clases teóricas y preferentemente en la práctica diaria, la formación espiritual que es la básica sólo se logra mediante esa labor silenciosa que efectúa el auténtico maestro en el reposo de un gabinete de trabajo, en la diaria y continua convivencia en la íntima serenidad del hogar de alumnas. Es en esa con-

vivencia con el maestro de verdad donde se aprenden todas las delicadezas impregnadas de hondo sentido humano; es allí donde se adquieren esas cualidades, esas virtudes esenciales, sin las cuales no se puede actuar frente al enfermo: sentido del deber y de la responsabilidad, paciencia, ternura, discreción; es allí donde se aprende a obedecer con inteligencia, a practicar la veracidad, la lealtad.

Es por todo ello que una escuela de enfermeras sin régimen de internado, es una escuela incapaz de moldear el alma de la alumna en este verdadero vaso espiritual.

La ponencia que me ocupa señala perfectamente bien cuales son nuestros errores en este proceso de selección, orientación y formación profesional. Poco o nada tendría que agregar a lo dicho y sólo me corresponde reconocer que todo lo expresado en ella subraya desgraciadamente nuestra precaria realidad docente, fuente del estado primario en que se desarrolla la enfermería en nuestro país.

De aquí que nuestro problema de la enfermería hospitalaria se encuentre vinculado de modo indisoluble al problema docente y que mientras no se dé a éste la importancia preponderante poco será lo que podamos avanzar. El trabajo de enfermería es un trabajo fundamentalmente de coordinación, dentro del cual todas las profesionales deben alcanzar un nivel mínimo de rendimiento. Si sólo excepcionalmente se obtiene capacidad para ello, el conjunto no marcha, no coopera. Las excepciones en enfermería —y las hay de muy alto relieve— no tienen importancia para la organización: se requiere un standard técnico y espiritual que sea el patrimonio de la masa y no el privilegio de unos pocos espíritus selectos.

Pero aún hay algo más. Sería simplemente absurdo entregar un instrumento dado a quien no supiese manejarlo. No podría utilizarlo, y tal ocurre con la enfermería. Para obtener de ella su necesario rendimiento hay que conocer su utilización y ésto corresponde de pleno al médico, pero es previo que éste aprenda su manejo. Desgraciadamente no siempre el médico sabe abordar el problema, ignora cómo aprovecharla e impulsarla y en numerosos casos, desconcertantes por su cuantía, confunde deplorablemente a la enfermera con una empleada doméstica que tanto sirve para pasarle los fósforos como para colocarle el vestón cuando se retira de su trabajo. Nó. Es imperioso que se comience por educar al médico en la utilización de la enfermería para obtener de ella el máximo de aprovechamiento y para que de una mutua comprensión, colocándose ambos, médico y enfermera, en un mismo plano de dignidad y de acción profesional, surja la cooperación leal y eficaz.

Y tampoco podría disimularse la inquietud de la enfermera por su porvenir económico. Es innegable que en los últimos años se han visto

esfuerzos reiterados para mejorar su situación, pero no debe olvidarse que tras la dura jornada que le cumple desempeñar en el hospital debe dedicarse al reposo y no le es dable —como al médico— el ejercicio privado de su profesión. La enfermera es hoy día funcionaria al servicio de la colectividad y para el ejercicio de sus actividades, para su propio perfeccionamiento, para el cultivo de esas cualidades interiores que le permitan cada día iniciar su trabajo con alegría y con serenidad, es imprescindible eliminar toda inquietud económica, rentándola dignamente, adecuadamente.

Y debo terminar reiterando mi pensamiento: nos encontramos abocados a una situación grave que requiere ser corregida rápidamente. El hecho inconcuso es que los servicios de enfermería del país, ya en lo asistencial como en lo sanitario, son deficientes, porque es deficiente la selección de la aspirante y la formación de la enfermera. Es urgente, por lo tanto, solicitar de las autoridades universitarias la revisión total de la cuestión: que si no existen en el país las enfermeras de calidad suficiente para asumir con éxito la función docente, se traiga del extranjero quien pueda realizarla mientras se preparan profesionales que en un futuro próximo puedan actuar con éxito; que se revisen los planes y programas de estudio, que los requisitos de ingreso se reduzcan para dar la máxima importancia a la selección vocacional del alumnado y que en la formación profesional junto con vigilar la habilidad práctica de cada alumna sea preocupación constante impregnar a la futura enfermera de ese bello sentido humano que permite aproximarse al corazón de los pacientes conquistando fácilmente sus inteligencias y sus voluntades, exaltar el sentido de responsabilidad y de disciplina, de firmeza, desinterés y abnegación para ofrecerse siempre en aras del interés superior de la colectividad.

Y con ello podremos un día contar con enfermeras, en la cantidad y calidad que requieren nuestros establecimientos.

